José Natividad Cueva López y sus demonios internos

María del Carmen Padilla Arreguín

De las manos de José Natividad nacen frutas, flores, corazones, rinocerontes y plantas ornamentales. No solo las cosecha, sino que captura sus colores y las eterniza en versiones místicas, eróticas y simbólicas.
Es autodidacta y su intuición lo guía en los trazos; transmuta y plasma mundos paralelos, realidades auténticas y oníricas. En sus colores e historias observamos peces flotando, chuparrosas volando sobre desiertos y rinocerontes caminando sobre un mundo deshabitado.

Natividad toma el pincel y cultiva realidades: las transforma. Hay elementos que le pertenecen como las flores, las aves, los colibríes, las flechas y los barcos de papel. Sus retratos son simbólicos, eróticos y melancólicos. En sus historias se vierten y fusionan dos ambientes. El ser, la esencia y la conciencia toman forma entre la naturaleza y el hombre.

Esta entrevista es un asomo a su historia personal, a su infancia, a sus vocaciones, a su pintura, a la promoción de la lectura, así como a su trascendencia en la cultura de Tecolotlán y el sur del estado de Jalisco.

María del Carmen. —Platícame acerca de tus padres

Natividad Cueva. —Soy el primogénito de una familia muy trabajadora. Mi padre falleció y mi madre, a la cual cuido con esmero, amor y dedicación, tiene 90 años. Ella nos enseñó e impulsó a seguir adelante siempre.

Hay una foto con mi papá que me gusta mucho en la que los dos abrazamos un árbol en la sierra de Quila. Por sus características, Don Guadalupe Zuno lo comparaba con la fortaleza de los encinos. De él aprendí a ser perseverante.

MC. —¿Cómo llegó la lectura a tu vida?

NC. —Desde muy pequeño observaba a mi abuelo materno disfrutar de la lectura, y mi madre, a su vez, también se convirtió en una lectora apasionada. Más tarde, en la primaria, mi maestra Victoria me inculcó el amor por la historia y la geografía del mundo. Su colección de cómics, compuesta por Joyas de la mitología y Vidas ilustres, representó una fuente inagotable de conocimiento que contribuyó en el desarrollo de mi imaginación y mi gusto por los viajes.

MC. —¿Qué ojos te permitieron mirar otros horizontes?

NC. —Mi interés por explorar nuevos horizontes se lo debo también a Victoria, una excelente maestra. A través de su didáctica y pedagogía me hizo viajar por el mundo y su historia, permitiéndome conocer la cultura griega y su desarrollo, adentrarme en las pirámides de Egipto, explorar Roma y sus batallas, así como apreciar el arte. Aprendí sobre los lagos y ríos del mundo, me sumergí en las profundidades de los océanos y sus fosas abisales, y la división geográfica de los continentes me dio una idea exacta de la magnitud de la tierra.

La mirada de mi mamá nos llevó a otras lecturas. Por su iniciativa, pronto tuvimos un radio de transistores en casa, lo que despertó nuestro gusto por el radioteatro, las radionovelas y la música. Luego, nos inculcó el amor por el cine, ya que formaba parte del club cine de arte que proyectaba películas especiales cada semana. Y, por supuesto, la lectura: devoraba los libros y, gracias a ella, mis hermanos y yo nos convertimos en ávidos lectores.

MC. —¿Cuál es tu recuerdo más significativo?

NC. —En navidad nuestro primer árbol fue una rama de pino que encontré tirada en la plaza del pueblo. Tenía 8 años y veía que otras personas tenían un arbolito, y dije, "¿Por qué nosotros no?", entonces me la llevé a casa. Con ella mi madre forjó nuestro primer adorno navideño.

De mi padre tengo otro recuerdo que me marcó. Cuando era muy pequeño él solía llevarnos al potrero. Durante la comida me sentó en una piedra y alrededor de ella había una ilamacoa (boa) junto a un lienzo. Mi papá la mató, lo cual marcó mi infancia y dio lugar a mi miedo por las culebras.

MC. —¿Cómo fue tu infancia?

NC. —Mi infancia fue buena. Nuestro primer refri fue una hielera con un pedazo de hielo, la estufa era de leña y nuestras lámparas de petróleo. Nunca nos faltó comi-

da. Recuerdo que cuando tuvimos nuestro primer radio la gente solía reunirse con nosotros para escucharlo. Siempre he pensado que mi papá nos privó de una parte de nuestra infancia. No teníamos tiempo para jugar porque siempre había trabajo. Mientras nuestros amigos jugaban futbol, nosotros teníamos que cuidar las vacas y las siembras de mi padre. Al no convivir con otros niños, mis hermanos y yo terminamos siendo nuestros mejores amigos.

Cuando terminé la primaria, mi papá ingresó a la política y llegó a ser presidente municipal. Se olvidó de las vacas, que pasaron a ser nuestra responsabilidad pero sin descuidar nuestros estudios.

Mi papá quiso que tuviéramos clases personalizadas de mecanografía e inglés. El inglés nos lo impartía el peluquero, conocido como "el Turco". En su peluquería colgaban calendarios con imágenes de aviones volando por el mundo, los cuales me hacían alucinar.

MC. —¿Cómo recuerdas tu adolescencia?

NC. —Cursé la secundaria en el turno vespertino. Por las mañanas madrugábamos para hacer la ordeña, cortar alfalfa, sembrar maíz, arar la tierra, cuidar la cosecha, montar a caballo, y nadar en los ríos. También nos mandaban a misa, donde a menudo nos quedábamos dormidos.

Luego mi papá compró una casa más grande con un patio enorme lleno de árboles, que luego nos repartimos entre mis hermanos. Así, hablábamos de mi guayabo, de tu naranjo o tu lima. Mi abuelo materno era hortelano y sembraba jitomates, jícamas, lechugas y muchas verduras. En su casa siempre había cerros de frutas y legumbres.

Me gustaban los animales. Cuidaba de las vacas y los becerros. Cada vaca tenía su propio nombre. Pronto aprendimos a atender partos. El amor por la ganadería hizo que mermara mi gusto por la fiesta brava. Nunca me gustó ver el maltrato que sufrían los toros que nosotros cuidábamos con tanto cariño.

MC. — ¿Dónde estudiaste la preparatoria?

NC. —En Tecolotlán. Cuando mi padre era presidente municipal, él, junto con otros padres y profesionistas de la población, solicitó a la Universidad de Guadalajara la autorización para formar una preparatoria incorporada. Formé parte de la primera generación.

Después realicé trámites para ingresar a la Facultad de Derecho de la Universidad de Guadalajara. Gracias a gestiones personales, logré ser admitido a los dieciséis años y terminé la carrera a los 21. Fui el abogado más joven de mi generación.

NC. —Creo que sí. Entré a Derecho por influencia de mi padre, que seguía en la política. Cuando terminé la carrera y comencé a litigar me di cuenta que no era lo mío. Si tienes dinero, eres inocente; si no lo tienes, ¡marchas! Fui defensor de oficio durante seis años, lo que me permitió constatar la injusticia que prevalece en nuestro sistema.

Como era de esperarse, también incursioné en la administración pública. Fui secretario del Ayuntamiento de Tecolotlán y más tarde del Ayuntamiento de Juchitlán. Nunca dejé de ser maestro en mi preparatoria. En Juchitlán participé en el establecimiento de una preparatoria incorporada que permitió a los alumnos dejar de viajar a Tecolotlán para asistir a la prepa. Este logro me llena de orgullo.

MC. — ¿Cómo comenzaste en la docencia y cuál fue tu trayectoria en la Universidad de Guadalajara?

NC. —Cuando la Preparatoria de Tecolotlán se oficializó en 1992, ya contaba con 18 años impartiendo clases en la escuela por cooperación. Ser maestro es una vocación para mí. Siempre empleé métodos didácticos, tenía mucha iniciativa y disfrutaba realizando diferentes actividades con mis alumnos. Con el tiempo obtuve dos medios tiempos que después logré consolidar.

Debido a mi formación de abogado, comencé impartiendo la clase de Problemas socioeconómicos de México. Poco después me dieron clases de Literatura y Lengua Española, ámbito en el que me desempeñé hasta mi jubilación.

Cursé dos maestrías, una de Administración y otra en Tecnologías del Aprendizaje, las cuales logré combinar con mi trabajo.

MC. —Hablemos del arte y la pintura en tu vida.

NC. —Mi gusto por el arte nació en la infancia. Uno de mis tíos coleccionaba reproducciones de las grandes obras clásicas de la pintura universal, que venían en cajas de cerillos y se podían pegar en un álbum. Me las regalaba y desde entonces conocí las obras maestras de la pintura. Más tarde, durante los festejos religiosos del barrio, construíamos carros alegóricos con temáticas de libros bíblicos. No había nadie que pintara los bastidores que servían de fondo, así que yo lo hacía y ahí comencé a practicar con pintura acrílica. Durante mucho tiempo continué trabajando en carros alegóricos. Mi primera escultura también fue para uno de ellos. Representé a Lot usando una estructura de alambre. Mi segunda escultura fue el becerro de oro, y luego hice otra con cerámica.

Considero que la disciplina es lo que hace al artista: 10 % talento, 90 % disciplina. Te sientas frente al cuadro y trabajas. He sido autodidacta y para aprender comencé a comprar libros de pintura. En este proceso hay mucho de ensayo y error, así como ejercicios de práctica. Lo importante es no rendirse. Puedes dibujar y hacer bocetos, pero aprendí que no se puede pintar de memoria sino que necesitas tener una referencia.

Me gustan todos los formatos. Durante la pandemia, pinté rosas y flores a gran escala. Pinto sobre distintos soportes como lámina, lino, algodón, madera, platos, y cualquier cosa que se me atraviese.

Tuve la oportunidad de participar en un diplomado para promotores de museos escolares y comunitarios que se llevó a cabo en la ciudad de Pátzcuaro Michoacán. Posteriormente participé en la formación del Museo Comunitario de Tecolotlán, lo que me permitió entrar en contacto con artistas plásticos de distintas disciplinas y generar cultura visual en mi pueblo. Esta experiencia, que realicé por más de 20 años, me enriqueció como persona. En ese espacio surgió la idea del Festival del Gis, evento que he desarrollado a lo largo de 31 años.

MC. —¿Qué es lo más extraordinario qué has vivido en el arte?

NC. —Debutar como pintor en la bienal de San Juan, Puerto Rico, en una de las galerías con mayor tradición de la ciudad. Fue como un sueño hecho realidad.

MC. —¿Qué autores son los que más han influido en tu obra?

NC. —Alberto Durero, Georgia O'Keeffe, Henri Rousseau, Arturo Rivera, Lucía Maya, Leonora Carrington, Remedios Varo, Frida Kalo, entre muchos otros artistas.

MC. —¿Cuál es tu mayor satisfacción y tu mayor reto en el arte?

NC. —Mi mayor satisfacción consiste en terminar un cuadro, mientras que mi mayor reto es comenzar el siguiente.

MC. —¿Consideras que el arte es curativo?

NC. —Es terapéutico. Cuando me di cuenta que había participado en 40 exposiciones y muchas muestras colectivas entendí la importancia que tiene el arte para mí. Aunque al principio lo hice por ego, comencé a pintar durante una crisis emocional. Luego se convirtió en una afición que compensa mi parte menos social.

También desarrollé el gusto por la cocina como herencia de mi mamá. Cocino bastante bien. Me gusta aprender de libros, programas y documentales de cocina, siempre hay algo nuevo. Todo ello lo relaciono con el arte.

Aprendí que aún teniendo fama es necesaria la promoción, así como el trabajo arduo.

MC. —Las imágenes simbólicas de tu pintura son el barco, el toro y la sandía, ¿de dónde vienen?

NC. —El toro está relacionado con mi infancia, es un animal poderoso. El barco, en cambio, está vinculado con mi imaginación como vehículo. Los animales que aparecen en mis cuadros reflejan mi espíritu selvático, mi naturaleza, mis certidumbres y mis miedos.

MC. —¿Cómo fue la experiencia de participar en una liberación de especies?

NC. —Fue una experiencia extraordinaria, especialmente porque entre las especies liberadas había halcones, serpientes y otras criaturas que volvieron a su entorno natural. La sensación de liberar a estos animales genera diversas emociones y te hace reflexionar en el daño que estamos ocasionando al mundo.

MC. —Platícame de tu jardín.

NC. —Mi gusto por la jardinería proviene de mi abuela materna, quien siempre cultivó flores. De ella heredé mi buena mano para las plantas. Soy jardinero por amor y lo disfruto.

Tengo más de un centenar de plantas, entre ellas muchas orquídeas nativas de esta zona, las cuales han permanecido conmigo por más de veinte años. Hay que cuidarla y conservar la naturaleza. Me gustan mucho los árboles y disfruto pintarlos y dibujarlos.

MC. —¿En qué momento descubriste tu vocación por la promoción de la lectura?

NC. —Las personas que leen mucho están obligadas a enseñar a leer. Aunque es un placer solitario, recuerdo que solía prestar mis libros y muchos de ellos se perdieron en los préstamos. Aprendí que si prestas un libro, no pasa nada si se pierde. Hay libros para leer por disciplina y otros que te enganchan.

MC. —¿Qué es lo más bello que has vivido en la promoción de la lectura?

NC. —Compartir el pan y la sal con personas a las que admiro por su trabajo. Me refiero a los escritores, por supuesto después de haber leído sus obras. Puedo decir que la totalidad de los escritores que pasaron por mi escuela estuvieron en mi casa, que es la suya. Difundir su trabajo entre mis alumnos fue una de las mejores experiencias que me ha pasado.
Para el programa de lectura debes volverte sistemático: compartir los libros, hablar con el técnico, recoger a los autores, recibirlos, preparar el evento, trabajar la lectura en clase, presentar sorpresas a los autores, preparar la comida, la mesa, etcétera.

Hay varios elementos que influyen. Yo tengo dos teorías acerca de la lectura: una es la cuestión ambiental y de contexto, y la otra es la genética y social.

Yo, por lo menos, he leído muchas veces la historia de Patronio del Infante Don Juan Manuel y todas las veces me he reído. Lo mismo ocurría cuando la compartía con mis alumnos; me volvía a provocar risa. La literatura reactiva el sentido del humor.

MC. —¿Qué fue lo más complicado que viviste en el área de promoción a la lectura?

NC. —Para mí, es la disponibilidad de la obra. Si vas a promover el trabajo de alguien, debes tenerlo. Muchas veces, las obras de los escritores que nos visitaban no estaban en el mercado. Ahora, con la digitalización, las cosas han cambiado en favor de los lectores.
Si cuentas con material para trabajar, es pan comido; si no tienes los textos, no puede haber promoción. ¿Cómo puedes promover algo intangible?

MC. —Para ti ¿cuál es el placer más grande en la promoción de lectura?

NC. —Cuando presentas a alguien que leíste y fue muy interesante, alguien que realmente valió la pena, como me pasó con Hernán Rivera Letelier. Mis lecturas a menudo son premonitorias: lo leí previamente, y tuve la oportunidad de elegir que nos visitara. Cuando me preguntan qué libro recomiendo de él siempre les digo "La reina Isabel cantaba rancheras". Él era conocido como la Gabriela Mistral de las salitreras. El libro recoge todo el contexto de las minas y tiene detalles que me parecen de una imaginación desbordante.

MC. —Platícame de Luz Elena, tu relación y su influencia.

NC. —Mi mayor influencia fue Luz Elena. Gracias a ella mi primera exposición se llevó a cabo en Puerto Rico. Con ella aprendí que si un cuadro no tiene figuras no le gusta al cliente. Me gusta mucho lo figurativo. Aunque me cuesta trabajo, no lo dejo. Disfruto pintando árboles. Si yo fuera más hábil con la figura humana la pintaría más, pero no hay que abandonarla.

Me casé con ella en Miami, acompañados de un mariachi cubano, imagínate. Estuvimos 8 años casados.

MC. —¿Cómo comenzó tu gusto por los viajes?

NC. —Tenía 25 años cuando realicé mi primer viaje por Europa. Fui de campamento con un grupo de personas

de Australia, Nueva Zelanda y Canadá; yo era el único mexicano. El viaje se llamaba "Cleopatra" y duró 32 días. Fue un viaje en inglés: comenzamos en Inglaterra, pasamos Holanda y Alemania, y terminamos en Egipto. Se trató de una experiencia extraordinaria. Después me surgió la inquietud de seguir viajando, y gracias a ello he conocido muchos lugares del mundo.

MC. —Háblame de tu emprendurismo y del restaurante Tropicana Grill, en Tecolotlán.

NC. —El restaurante familiar comenzó como una iniciativa mía. Le pedí a mi padre que me permitiera arreglar un pequeño local de su propiedad que estaba en ruinas. Más tarde, por influencia de mi padre, compramos un local más grande.

Hoy en día generamos seis empleos. El negocio ya tiene 33 años, y en sus paredes tengo mi propia galería para exponer mis cuadros.

MC. —¿Actualmente en qué proyecto trabajas?

NC. —Hace mucho que no trabajaba en formatos pequeños. Estoy creando una colección de corazones que, en conjunto, formarán una exposición. Tengo todos los bocetos listos. En mi mente, todo está resuelto. He estado dibujando mis corazones en hojas simples, sin intención de conservarlas. Ya tengo 14 tablas preparadas para trabajar.

MC. —¿Cómo fue tu retiro de la Universidad de Guadalajara? ¿Está alineado con tu proyecto de vida?

NC. —Cuando tomé la decisión de mi jubilación hice cuentas y llevaba 46 años impartiendo clases, 28 de ellos en la Universidad de Guadalajara. Creo que ya era tiempo.

Tu proyecto de vida debe estar siempre alineado. No debes esperar el momento perfecto para hacer cosas importantes. Yo siempre he viajado. Se trata de dar tiempo a las cosas que ya priorizaste y que disfrutas, como viajar, pintar, leer, etcétera.

MC. —¿Estás satisfecho con tu trayectoria?

NC. —He sido bendecido por la vida, y gracias a ello he tenido el privilegio de conocer amigos excepcionales, así como a personas extraordinarias en diferentes momentos y viajes: he visto cerca al rey de Tailandia, a Fidel Castro, al papa Juan Pablo II. La vida me ha dado bendiciones y habilidades. Soy un buscador. Siempre he estado en búsqueda de la mejora continua, siempre en movimiento. La vida ha sido generosa conmigo. Nací trabajador, lo recuerdo desde mi infancia.

Para mí, la excelencia no es un acto, es un hábito. Es necesario ser constante y no desanimarse ni frustrarse al encontrar obstáculos. Debes luchar por lo que te gusta con disciplina, constancia y perseverancia, sin dejar de pelear por tus sueños.